

Linus Lerner:

La gestación de dos festivales de ópera

por Hugo Roca Joglar



“México puede ser el mayor productor de cantantes”

Linus Lerner se ha convertido en una presencia del arte lírico mexicano. En cada lugar que visita, hace nacer ópera. No puede vivir lejos de la voz; esté donde esté —Zacatecas, San Luis o Oaxaca— es el primero que canta.

Músico desprendido y alegre; con algo de soñador romántico. Como barítono ligero lo ilusionó siempre el repertorio dramático. Deseaba ayudar a Wagner (siendo *Kurwenal*) en la consumación del amor a través de la muerte para liberar al universo, y tenía que conformarse con soplar otra capa de burbujas (siendo *Almaviva*) en las fiestas infantiles de Mozart; o quería la vida de sangre, odio, adoración y envidia de *Rigoletto* y terminaba por conformarse con el ocio y la mentirilla de *Malatesta*.

De todas maneras, lo suyo nunca había sido del todo la interpretación. Le ocurría algo curioso: sus compañeros se le acercaban para pedirle que los guiara. Le pasó siempre: en su natal Brasil (a los 15 años, cuando aprendía a tocar la guitarra) y en Estados Unidos (durante su maestría de canto). “En casi todo que

he hecho en mi vida, terminaba siendo el jefe. Dirigir pasó a ser algo que naturalmente me pedían hacer. Entonces me pareció muy importante empezar a estudiar dirección para enseñar desde un conocimiento sistematizado y que no fuera una cosa empírica”.

Estudió en la Universidad de Arizona el doctorado en dirección de orquesta y como asistente de la compañía de ópera del estado participó en todo tipo de producciones, de compositores desde Monteverdi hasta Schoenberg, y diversas adaptaciones escénicas del repertorio tradicional: una *Violetta* que revisa en el iPhone las atormentadas cartas de su Alfredo diseñador web y una *Tosca* conservadora, minuciosamente situada en la Roma de 1800.

Durante los ensayos, Linus tenía que estar al pendiente de cada detalle, ya fuera musical (si los metales desafinaban constantemente en un pasaje, él se encargaba de pulir con ellos aparte), logístico (pactar con el representante del sindicato de instrumentistas una jornada doble de ensayo para no perder el ritmo tras tres días de asueto) o escénico (la falda de la soprano resulta demasiado larga y cuando debe subir la pirámide corre el riesgo de caerse).

Pero la dimensión vocal era su especialidad y entre los artistas de Arizona se le conoció rápidamente como un hechicero del canto. Iba paciente hacia las voces, pletórico de recursos. Aunque su mayor cualidad era una innata disposición a entender cada una; ya sea para perfeccionar sus potencias o para curarla de vicios.

Tras graduarse con su doctorado, fue nombrado director artístico del Bayou City Performing Arts en Houston y lo invitaron a dirigir las casas de ópera de Brooklyn y Colorado; comandó el Festival de Ópera de Beijing (2011 y 2012) y desde hace dos años está al frente de las Simfónicas del Sur de Arizona y la Río Grande do Norte, en Natal (Brasil).

Sin embargo, las clases de canto nunca han dejado de ser parte principal de su trabajo. Desarrolló, inclusive, un método de enseñanza que mucho tiene de íntimo. Son dos sus raíces: la individualidad y el movimiento.

1) *Individualidad*: La voz es irrepetible; cada una, para desarrollar sus frutos, debe encontrar caminos propios. Linus se acerca hacia los cantantes como psicólogo. Nunca cae en el vicio académico de imponer verdades universales. La técnica es una pero hay interminables rumbos para perfeccionarla. Él hace preguntas, indaga, y por una senda distinta lleva a cada alumno.

2) *Movimiento*: La parte cinética de su método parte de un hecho muy claro: la música es teatro en la misma medida en que es música. Por lo tanto, para interpretarla se necesita ser y actor y cantante en partes iguales. Las voces deben acostumbrarse desde el principio a salir en movimiento: nunca un aria de venganza debe



El festival de clases maestras operísticas nació en Oaxaca

ensayarse parado en el centro de un salón, sino en un paroxismo de odio, con el cuchillo en la mano.

Linus, así llegaste a México: como maestro...

Me contrató hace varios años el grupo Solistas Ensamble de Bellas Artes. Trabajé con 95 cantantes y eso me hizo bastante conocido en varios estados. Muchos maestros me invitaron a dar otros cursos y *coaching* y así fui ampliando mis horizontes en México cada vez más.

¿De qué manera lograste fundar, con tan poco tiempo en el país, los festivales de ópera de Oaxaca y Zacatecas?

En los dos casos, a través de mis alumnos. La soprano Maribel Sánchez me invitó a trabajar en Oaxaca; me enamoré tanto de la ciudad que juntos creamos el festival. Me pasó lo mismo en Zacatecas: el maestro Alfonso Vázquez me contactó con la Universidad Autónoma para organizar una primera edición del festival el año pasado.

¿Qué óperas han montado?

Todavía no tenemos producciones completas en ninguno de los dos festivales porque el costo es muy alto. Nos hemos centrado en clases de perfeccionamiento vocal para fortalecer prometedoras carreras incipientes. Pero para este 2015 tenemos planeado, sobre todo en Oaxaca, poner óperas completas.

¿Hasta ahora quién los ha apoyado?

Estamos encantados con el apoyo de la comunidad y con el interés de los mejores y más avanzados alumnos de todo el país. En cuanto a dinero, tenemos un poco de apoyo de la mecenas estadounidense Dorothy Vanek y también de otros particulares como Tim Secomb e incluso de Orquesta Sinfónica del Sur de Arizona que yo dirijo.

¿Qué lees en la situación actual de la ópera en México?

México puede ser el mayor productor de cantantes. Las voces son maravillosas y hay mucho talento. Lo que falta es un sistema educativo de rigurosa disciplina para que ese talento no se pierda en manos de malos maestros. Eso no es decir que no hay buenos maestros en México, porque sí existen, pero son pocos y la cantidad de alumnos es muy grande. ●